

## ¿Para qué nos sirve la indignación?

**Alfredo Acle Tomasini©**

La indignación no es un estado de ánimo sino el sentimiento que provoca en unos las acciones de otros. Para Stéphane Hessel esta percepción debe convertirse, como ocurrió con el movimiento de resistencia en Francia cuando fue ocupada por los nazis, en un factor de impulso que lleve a transformar aquello que indigna. Por ello aboga en su célebre libro ¡Indignaos! por utilizar la indignación como una fórmula para revelarse ante los estragos que ha causado el liberalismo económico y para no aceptar que los gobiernos le pasen factura a la población mientras destinan recursos millonarios para rescatar a los culpables de la crisis quienes, pese a haberse enriquecido mediante trucos financieros, están libres ostentando con cinismo lo mucho que ganaron.

¿Deberíamos estar indignados como lo están europeos y estadounidenses?

Quizá lo estaríamos por las mismas razones que ellos, si en este momento hubiera una crisis como la ocurrida en 1995, cuando las consecuencias de un manejo irresponsable de la economía se resolvieron, como ahora se ha hecho en Europa y Estados Unidos, socializando las pérdidas y privatizando las ganancias. Así, mientras los rescates bancario y carretero se pagaban con dinero público, miles de mexicanos perdieron sus empleos, sus casas, sus autos y sus empresas. En tanto, no se abundó en el origen de los desfalcos o en la forma como el patrimonio nacional se convirtió en privado. De pronto, como pasó en Wall Street, se perdió la memoria pese a la riqueza ostensible de unos cuantos que supieron de la mano del poder deslizarse sobre la cresta del ola.

Pese a lo anterior, los mexicanos tenemos razones, quizá más graves que las de europeos y estadounidenses, para sentirnos indignados.

Debemos estar indignados porque en los últimos años la delincuencia -aquella organizada como ejércitos sin uniforme o la que rastrea acecha en la calles- nos ha ido quitando nuestra libertad a cambio de infundirnos un temor que achica nuestros espacios. Ya no vamos adonde queremos, sino adonde nos sentimos seguros. Amén de la desconfianza que tenemos en las instituciones al evidenciarse casos frecuentes de complicidad entre el crimen y los poderes públicos.

Debemos estar indignados porque en 2000 muchos asumimos con ingenuidad que el desarrollo democrático del país alcanzaba una nueva etapa donde, roto el poder vertical del viejo régimen, tendríamos una democracia orientada a servir los intereses del pueblo y no al partido que todo ganaba. Pero la cultura política nos aferra a los vicios del pasado. Al presidencialismo lo sustituyó la partidocracia. Ahora círculos pequeños definen a su conveniencia la estructura y el ritmo de desahogo de la agenda pública, lo que implica eliminar cualquier cambio que suponga la pérdida de sus privilegios.

Debemos estar indignados porque llevamos años atascados en un desempeño económico magro, cuyo fin primario es hacer que las cuentas cuadren y ver para qué alcanza la raquítica recaudación fiscal y lo que podamos vender de petróleo. Así, le hemos llamado responsabilidad fiscal a lo que en realidad es un manejo económico del país carente de ideas y sin visión de futuro. Pero lo más grave es que ni siquiera nos atrevemos a replantearlo, pese a tener la evidencia de que en la mediocridad económica está el abono de muchos de nuestros problemas.

Debemos estar indignados porque éstos no son producto de la casualidad ni obedecen a fenómenos naturales, sino que son indicativos de que al frente de la nación no están los mejores de los nuestros. Los poderes públicos no son imanes de atracción de talento, ni quienes los ejercen se empeñan por rodearse de los más aptos. Aquellos que tienen la facultad de nombrar dicen que buscan lealtad, pero en realidad lo que pretenden es incondicionalidad, lo que implica dejar de lado capacidad, mérito y experiencia. Pero a la vida no se le engaña, porque al final afloran las consecuencias de la improvisación que resiente el pueblo.

Debemos estar indignados con nosotros mismos porque hemos sido tolerantes, al tiempo que la indiferencia nos ha hecho desentendernos de aquello que no nos afecta de manera directa. Debemos tener claro que al final las consecuencias de los problemas nacionales terminan por alcanzarnos a todos. En nuestra tolerancia a la corrupción se ha fraguado la porosidad del Estado y sus instituciones; no es fallido, pero dista mucho de ser el que aspiramos.

¿Qué puedo hacer yo para que esto cambie? Nos preguntamos millones de mexicanos.

Empecemos por dejar de considerar a la indignación como una ofensa porque eso nos inmovilizará. No hay tiempo para sentirnos víctimas, ni espacio para el cinismo. Encontremos en la indignación, como propone Hessel, el acicate para transformar lo que nos incomoda. Iniciemos con lo que nos rodea, compartámosla, pensemos colectivamente para que se vuelva fuerza creativa y no sólo voz de protesta.

alfredo@acletomasini.com.mx  
Twitter: @AcleTomasini